

TOMAR LA INICIATIVA COMO ANCIANOS Y HERMANOS RESPONSABLES

(Viernes: segunda sesión de la mañana)

Mensaje dos

Tomar la iniciativa de experimentar la vida

Lectura bíblica: Gn. 2:7-9; Sal. 36:7-9; Jn. 12:24-26; 2 Co. 4:10-12;
Ro. 8:13; Mt. 7:13-14

I. Cristo como vida es la realidad del árbol de la vida, el cual es el centro del universo—Gn. 2:9; Jn. 1:4; 10:10; 14:6; 15:1; 6:35, 63; 1 Co. 15:45:

- A. La vida es la meta de la creación de Dios—Gn. 1:26-28, 31; 2:7-9.
- B. La salvación orgánica, que consiste en que seamos salvos en la vida de Cristo, es la meta del proceso de la redención jurídica que Dios efectúa—Jn. 19:34; Ro. 5:10; Col. 3:3-4; Ap. 22:1-2.
- C. La vida es Dios mismo en Cristo, quien como Espíritu fluye para ser disfrutado por el hombre y para agradar al hombre y satisfacerlo—Sal. 36:7-9; Ap. 22:1; Jer. 2:13.
- D. Dios está en Cristo, Cristo es el Espíritu, y el Espíritu es vida—Jn. 14:9-10, 17-19; 6:63; Ro. 8:2.
- E. La vida es el Señor mismo como pan de vida para que nosotros le comamos—Jn. 6:35, 57, 63; Mt. 15:22-27.
- F. La vida es la luz, la luz prevalece sobre las tinieblas, y la luz se halla en la palabra de Dios—Jn. 1:4-5; Sal. 36:8-9; Jn. 6:63:
 - 1. Si queremos contactar la vida, necesitamos la palabra, el sentir interno que el Espíritu nos da; este sentir es la palabra viva de Dios—v. 63; 1 S. 3:19-21.
 - 2. Si el Espíritu que está en nosotros nos da una palabra o pone en nosotros el sentir de abrir nuestra boca y alabar al Señor, nosotros debemos recibir esta palabra y abrir nuestra boca para alabar al Señor; por consiguiente, tendremos luz en nuestro interior, y esta luz es vida, el Espíritu, Cristo y Dios.
 - 3. Cuando respondemos a este sentir y ofrecemos una oración de alabanza al Señor, sentimos la satisfacción de la vida, la dulzura de Cristo, la presencia de Dios y el mover del Espíritu.
- G. Toda la belleza, poder, esplendor y capacidad de la iglesia se debe al hecho de que Cristo como vida es el contenido intrínseco de ella; la iglesia es el resultado de la vida, y la vida es el contenido de la iglesia—Gn. 2:22; Jn. 19:34; 12:24; 1 Co. 10:17.

II. Es preciso que veamos los obstáculos que la vida de Dios encuentra en el hombre:

- A. El primer problema que la vida de Dios encuentra en nosotros es que no nos damos cuenta de lo oscuros que son nuestros conceptos humanos:
 - 1. Necesitamos ver que lo único que importa en la vida cristiana es cómo respondemos al Cristo vivo que está en nosotros—Gá. 1:16; 2:20; 4:19; Fil. 1:19-21; Ef. 4:13; 2 Co. 3:18.
 - 2. Ser un cristiano significa no tomar como nuestra meta ninguna cosa que

no sea Cristo; muchas personas tienen dificultades en su vida espiritual después de ser salvadas porque no conocen la senda de la vida ni toman a Cristo como su vida.

- B. El segundo problema que la vida encuentra en nosotros es la hipocresía—Mt. 6:2, 5; 7:5; 23:13-29:
 - 1. Lo que determina la espiritualidad de una persona no es la apariencia externa, sino cómo responde al Cristo que mora en su interior.
 - 2. Nuestra bondad natural es una falsa espiritualidad y constituye un gran estorbo para la vida; para que la vida se exprese, se requiere que repudiemos nuestra manera natural de ser y nuestras preferencias, y que simplemente permitamos que Cristo opere en nosotros y nos quebrante.
 - 3. Si siempre actuamos conforme a nuestro modo de ser y conforme a nuestro ser natural, el resultado de ello siempre será hipocresía.
- C. El tercer problema que la vida encuentra en nosotros es la rebelión:
 - 1. Cristo opera y se mueve en nosotros a fin de que entendamos claramente cuál es Su voluntad y cuáles son los requisitos que debemos cumplir, y para que también entendamos Su dirección y la disciplina que nos administra.
 - 2. Sin embargo, si no obedecemos sino que vamos en contra del sentir interior, sin aceptar Su dirección o sin pagar el precio requerido, esta renuencia y oposición no es otra cosa que rebelión.
 - 3. El pecado que cometemos con mayor frecuencia y con mayor severidad no es externo ni visible; al contrario, es el pecado de desobedecer al sentir del Cristo que está en nosotros; Cristo vive en nosotros y constantemente nos da un sentir interior de vida—Ro. 8:6; 1 Jn. 2:27; cfr. Ef. 3:1; 4:1; 6:20; 2 Co. 2:12-14.
- D. El cuarto problema que la vida encuentra en nosotros es nuestra capacidad natural:
 - 1. Muchos hermanos y hermanas aman al Señor de todo corazón, son fervientes por el Señor y muy piadosos; sin embargo, su mayor problema es la fuerza y grandeza de sus capacidades y habilidades; en consecuencia, Cristo no encuentra una base ni un camino en ellas para obrar libremente.
 - 2. Es posible que seamos muy capaces y talentosos y, sin embargo, no consideremos estas cosas como algo pecaminoso o sucio; en lugar de menospreciar nuestras capacidades naturales, las estimamos como nuestro tesoro; si tales capacidades permanecen en nosotros sin ser quebrantadas, vendrán a ser un problema para la vida de Cristo.
- E. Hay una solución para todos estos obstáculos presentes en nosotros: tenemos que pasar por la experiencia de la cruz y permitir que ésta nos quebrante; si queremos que la vida de Cristo opere en nosotros sin estorbos, tenemos que experimentar el quebrantamiento de la cruz y permitir que estos obstáculos sean derribados y quitados—Mt. 16:24-25.

III. Es preciso que veamos los obstáculos subjetivos que la vida de Dios encuentra en nosotros:

- A. Un cristiano apropiado es alguien cuya mente, voluntad y parte emotiva cooperan con su espíritu; un cristiano anormal es alguien cuya mente, voluntad y

parte emotiva no pueden cooperar con su espíritu e incluso lo contradicen; por consiguiente, vive bajo un velo que lo cubre.

- B. El primer problema subjetivo es el problema de nuestra mente:
 - 1. Si lo que queremos hacer se origina en nuestros pensamientos, entonces ello no será más que actividades religiosas aunque éstas resulten exitosas; no serán un testimonio del Cristo que desde nuestro espíritu es expresado en nuestro vivir—cfr. Fil. 2:5; 1 Co. 2:16; Ef. 4:23; Ro. 12:2.
 - 2. Aunque tenemos la vida de Cristo en nuestro interior, no cooperamos con ella en nuestros pensamientos y acciones y, por tanto, dicha vida no puede expresarse en nuestro vivir.
 - 3. Cuando ponemos nuestra mente en el espíritu, nuestras acciones externas concuerdan con nuestro hombre interior y no hay discrepancia alguna entre nosotros y Dios; Él y nosotros estamos en paz, no en enemistad; el resultado de ello es que interiormente nos sentimos llenos de paz—8:6.
- C. El segundo problema subjetivo es el problema de nuestra voluntad:
 - 1. Aunque nuestra mente a menudo entiende la intención de nuestro espíritu y conocemos la voluntad de Dios, no estamos dispuestos a someternos ni a obedecer.
 - 2. Es posible que entendamos, sepamos, comprendamos y sintamos en lo profundo que el Señor quiere que hagamos algo, pero nuestra voluntad se niega a someterse y a rendirse, por lo cual perdemos la presencia del Señor.
 - 3. Una voluntad fuerte, así como también una voluntad que es débil para llevar a cabo la voluntad del Señor, representa un estorbo para la vida de Dios; una voluntad que ha sido quebrantada es fuerte y dócil, pues ha sido subyugada y resucitada por el Señor; tener una voluntad que puede cooperar con Dios es algo de suma importancia—Fil. 2:13.
- D. El tercer problema subjetivo es el problema de nuestra parte emotiva:
 - 1. Nuestra parte emotiva necesita la parte emotiva de Dios, y necesitamos entrar de lleno en la parte emotiva de Dios—2 Ts. 3:5; Fil. 1:8.
 - 2. Debemos amar todo lo que Dios ama, debe gustarnos todo lo que a Dios le gusta y debemos odiar todo lo que Dios odia; nuestra parte emotiva y Su parte emotiva deben llegar a ser una sola—Ef. 5:25; 2 Co. 12:15; 1 Co. 16:24; Ap. 2:6.
- E. Todo esto nos muestra que nuestra persona representa un verdadero obstáculo para que la vida de Dios se manifieste en nuestro vivir; es por ello que necesitamos ser quebrantados y que también necesitamos ser fortalecidos diariamente en el hombre interior para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón, cuyas principales partes son: la mente, la voluntad y la parte emotiva—Ef. 3:16-17.

IV. Es necesario que veamos la senda de la vida—Mt. 7:13-14:

- A. Una parte de la obra de Dios en Su salvación consiste en preparar un camino despejado para Su vida en nosotros; esta obra se lleva a cabo mediante la muerte de cruz—Fil. 3:10.
- B. Hay vida en un grano de trigo, pero a menos que el grano caiga en la tierra y muera, la vida que está en el interior del grano no será liberada—Jn. 12:24-26.
- C. El camino de la vida es el camino de la muerte; cuando la muerte de Cristo opera

en nosotros, la vida de Cristo puede entonces manifestarse en nosotros—2 Co. 4:10; Fil. 3:10; Gá. 2:20.

- D. Experimentamos la cruz de Cristo por medio del Espíritu—5:16, 24; Ro. 8:13-14; Éx. 30:23-25; Fil. 1:19.
- E. Cuanto más fuerte sea la obra del Espíritu en nosotros, más fuerte será nuestra experiencia de la cruz; dondequiera que el Espíritu Santo opere, allí estará la muerte que el Espíritu nos aplica, y la vida de resurrección podrá manifestarse en nosotros y por medio de nosotros—2 Co. 4:11-12.
- F. La disciplina por parte del Espíritu Santo también lleva a cabo la obra de la cruz en nosotros:
 - 1. Para nuestro entendimiento espiritual, no basta con que solamente conozcamos al Espíritu Santo; además de ello debemos conocer “todas las cosas” en nuestras circunstancias (Ro. 8:28); un cristiano que es espiritual y vive delante de Dios necesita “leer” tres cosas diariamente: primero, necesita leer la Biblia; segundo, necesita “leer”, es decir, interpretar, el sentir interior de su espíritu; tercero, necesita “leer”, interpretar, su entorno y circunstancias, es decir, las personas, asuntos y cosas que le rodean; Dios dispone nuestro entorno y circunstancias para que todas las personas, asuntos y cosas cooperen para bien, el cual consiste en que seamos transformados y conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios—vs. 28-29.
 - 2. El entorno que el Señor ha creado para nosotros nos lleva a conocer la gracia del Señor y a experimentar el poder del Señor—2 Co. 12:9.

V. Es preciso que recibamos una visión respecto a cómo la vida de Dios puede manifestarse en nuestro vivir:

- A. Debemos comprender y saber que la vida de Dios está en nosotros—Col. 3:4; Ro. 8:10.
- B. Necesitamos que Dios abra nuestros ojos para ver que nuestro hombre natural, nuestra propia persona, es un estorbo para la vida de Dios.
- C. Debemos ver que hemos sido crucificados y, por ende, debemos aborrecer nuestro yo; cuanto más veamos a Dios, y cuanto más le conozcamos y amemos, más nos aborreceremos a nosotros mismos y más nos negaremos a nosotros mismos—Col. 3:3; Gá. 2:20; Ro. 6:6; Job 42:5-6; Mt. 16:24; Lc. 9:23; 14:26.

VI. “Siento una carga pesada dentro de mí, un sentir profundo, de que lo que más le falta a cada iglesia hoy en día es lo que pertenece a la vida. Todo nuestro trabajo y toda nuestra actividad deben provenir de la vida [...] Si nuestro trabajo y servicio no provienen de la vida, no durarán ni tendrán mucho peso. Si queremos que nuestra obra lleve fruto abundante y permanente, debemos tener un fundamento en la vida. Nosotros mismos debemos tocar al Señor en vida [...] Solamente así podemos encajar con la obra que Dios desea llevar a cabo en esta era [...] Debemos tener un solo deseo: conocer y experimentar cada vez más la vida del Señor, y ser capaces de compartir con otros lo que hemos conocido y experimentado para que ellos también obtengan algo [...] Nuestra obra debe ser sencillamente la liberación de la vida del Señor, es decir, debe impartir y suministrar a otros la vida del Señor. Que el Señor tenga misericordia de nosotros y abra nuestros ojos para que veamos que la obra

central de Dios en esta era consiste en que el hombre obtenga Su vida y crezca y madure en Su vida. Únicamente la obra que proviene de la vida del Señor puede satisfacer Su norma eterna y ser aceptada por Él”—*El conocimiento de la vida*, págs. 61-62.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EXPERIMENTAR LA MUERTE DE LA CRUZ

El significado de la cruz es la muerte, y la función de la cruz es darnos muerte. Cuando el Señor Jesús estuvo en la cruz, Él no simplemente estaba sufriendo, sino que estaba muriendo. En última instancia, el significado de que el Señor Jesús estuviera en la cruz tiene que ver con la muerte. La muerte de la cruz es aplicada a nosotros mediante el poder del Espíritu Santo, y su efecto es darnos muerte, aniquilarnos. Todos los días el Espíritu Santo opera para forjar la cruz de Cristo y la muerte de la cruz en nosotros, de modo que cada parte de nuestro ser sea introducida en la muerte.

La verdad en cuanto a la muerte no es un asunto sencillo. La muerte de ninguna persona es sencilla ni fácil. En nuestra experiencia espiritual, cuando el Espíritu Santo nos ilumina para que veamos que hemos sido crucificados, nos regocijamos, nos ponemos contentos y alabamos al Señor. Muchos santos han tenido esta experiencia. Cuando vemos por primera vez que hemos sido crucificados con Cristo, alabamos y nos regocijamos. Hace veinte años, cuando yo vi esta luz, me encontraba en mi estudio y me sentí tan gozoso y jubiloso que salté, corrí, alabé y di gracias. A pesar de ser una persona corrupta, llena de iniquidad, que ofendía a Dios, se oponía a Dios y tenía una condición incurable, pude ver que había sido crucificado. Incluso una persona como yo había sido aniquilada en la cruz. El Señor dijo: “Tú has muerto”, y yo también dije: “Yo he muerto”. Yo creí a la palabra del Señor. Ése día yo morí. Esto hizo que me regocijara y exultara; de hecho, me sentí más contento que el día en que fui salvo. Sin embargo, al cabo de poco tiempo, me di cuenta de que todavía seguía vivo y no había muerto. Seguía siendo igual que antes y no había cambiado en absoluto. Debido a esto, me sentí confundido. Yo seguía fracasando, y mis fracasos eran cada vez peores, más graves y más severos que antes. Aunque vi que había sido crucificado con Cristo, me di cuenta de que todavía estaba vivo.

Entonces el Espíritu me mostró que morir con Cristo implicaba más que simplemente pasar por la puerta de la muerte. Además de esto, necesitaba ser guiado por el Espíritu para andar en el camino de la muerte y llevar la vida de la muerte. Desde ese día en adelante, el Espíritu aplicó y forjó la muerte en mí. La muerte empezó a operar y a tener un efecto en mí. Esta operación me hizo morir diariamente, aniquilando cada parte de mi ser. El primer día mató un poco de mi parte emotiva; al día siguiente, mató algunas de mis opiniones; al otro día, mató algunos de mis pensamientos; y otro día después, mató algunos de mis conceptos. Los elementos de mi persona fueron aniquilados cada día. El Espíritu Santo utilizó la muerte de la cruz, la cual había visto, para que realizara una obra de aniquilación y me hiciera morir. La obra aniquiladora del Espíritu gradualmente se hizo cada vez más profunda, más fuerte y más intensa. El Espíritu operó en mí continuamente. En términos de mi vivir, vivía bajo la sombra de la cruz cada día; y en términos de mi andar, me hallaba en el camino de la cruz cada día.

Algunos podrían hacer esta pregunta: “¿Qué significa aplicar la muerte de la cruz para que aniquile el elemento natural presente en nosotros? ¿Qué significa que la cruz nos haga morir cada día?”. Por ejemplo, es posible que un hermano reciba la visión de que ha muerto

con el Señor y se dé cuenta de que ha sido crucificado con Cristo. Él se dirá a sí mismo que ha visto que murió en la cruz y que allí llegó a su fin. Ésta es la obra del Espíritu Santo. Sin embargo, cuando él se despierte la mañana siguiente, le vendrá el pensamiento de hacer esto y aquello, y decidirá lo que va a hacer basándose en sus gustos y aversiones. Pero mientras piensa y escoge, él maravillosamente percibe la operación del Espíritu Santo en su interior, como si le estuviera hablando y preguntando: “¿Es ese pensamiento tuyo o de Cristo? ¿Es esa tu decisión o la decisión del Señor? ¿Son tuyos o del Señor esos gustos y aversiones?”. De este modo, el Espíritu Santo operará en él. Si él piensa y escoge según su elección y preferencia, el Espíritu Santo combatirá esto enérgicamente, y el Espíritu detendrá a ese hermano, lo censurará y reprenderá. Como resultado, el hermano sabrá muy claramente que sus elecciones no son del Señor.

A medida que el Espíritu Santo opera, resplandece y reprende de esta manera, y a medida que este hermano confiesa sus pecados, se lleva a cabo dentro de él una obra aniquiladora, la cual pone un clavo en sus ideas y opiniones. Aunque el Espíritu Santo lo condena de esta manera, es posible que él tenga una voluntad férrea y aun conserve su opinión. Sin embargo, aunque insista en su opinión, ahora queda la marca de un clavo en su opinión, y ésta habrá cambiado un poquito, pues el Espíritu Santo ha realizado una pequeña obra de aniquilación y quebrantamiento en él. A medida que él sigue viviendo de esta manera, el Espíritu Santo operará con mayor intensidad al punto en que este hermano será conquistado interiormente por el Espíritu, y entonces se postrará y dirá: “Oh Señor, te agradezco y te alabo. Yo ya estoy en la cruz y he sido crucificado”. Entonces sus ideas, opiniones y pensamientos serán crucificados, y sus gustos y aversiones también estarán en la cruz. La cruz penetrará en él al grado en que sus preferencias, voluntad, mente y todo su ser serán afectados. Ésta es la manera en que el Espíritu Santo opera y aplica la muerte de la cruz en él, lo cual produce como resultado que sus pensamientos, sus preferencias y su yo sean aniquilados. Después de esta experiencia, habrá más marcas de clavos y grietas en el ser de este hermano porque ha sido quebrantado un poco más.

Aunque él todavía sigue viviendo y andando, ha recibido un poco de luz acerca de la cruz y ha tenido un poco de experiencia de la cruz. Sin embargo, su elemento natural continúa existiendo en su mayor parte y sigue presente en su vivir. Su yo inconscientemente se levanta y continúa emitiendo opiniones, tomando decisiones y escogiendo. Sin embargo, el proceso de la muerte volverá a repetirse en él. Con base en lo que este hermano ha visto de la cruz, el Espíritu resplandecerá en él y la luz lo reprenderá y preguntará: “¿Es eso tuyo o del Señor? ¿Eres tú o Cristo quien hace eso?”. En determinado momento, él será conquistado y subyugado una vez más, y nuevamente se postrará y dirá: “Oh Señor, te doy gracias y te alabo. Mi persona ya está en la cruz”. De este modo, sus preferencias, pensamientos y opiniones serán aniquilados en la cruz, y él recibirá y experimentará la cruz una vez más. A medida que el Espíritu Santo continúa operando en él, la marca y el quebrantamiento de la cruz en él se harán más profundos. Habrá un quebrantamiento adicional en él, y más de su elemento será aniquilado. Como resultado, poco a poco, día a día y en una situación tras otra, él experimentará la cruz en el Espíritu Santo.

LOS DOS ASPECTOS DE LA VERDAD DE LA CRUZ

Vemos que Pablo en sus epístolas habla de la cruz de dos diferentes maneras. Primeramente, dice que nosotros fuimos crucificados con Cristo; esto fue efectuado por Cristo. Cuando Cristo fue crucificado, Él nos llevó junto con Él para que nosotros muriéramos en Él. Éste es un hecho consumado, y simplemente tenemos que creerlo y recibirlo. Romanos 6:6 dice:

“Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”, y Gálatas 2:20 dice: “Con Cristo estoy juntamente crucificado”. Ambos versículos nos hablan del hecho consumado por Cristo. Pablo habla de la cruz también en 5:24, donde dice: “Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias”. Romanos 8:13 dice: “Por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo”.

Los que enseñan la verdad en cuanto a la cruz cometen el error de hablar únicamente de un solo aspecto de esta verdad en la Biblia. Algunos hablan solamente del hecho eterno que Cristo consumó en la cruz mediante Su crucifixión, y dicen que no necesitamos ser crucificados, sino que lo único que se requiere es que recibamos este hecho consumado. Esto es cierto, pero es sólo un aspecto de la verdad. No es suficiente simplemente conocer este aspecto de la verdad, pues las Epístolas de Pablo nos presentan otro aspecto. Romanos 6:6 dice: “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él”, pero Romanos 8:13 dice: “Si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis”. Por un lado, nosotros hemos sido crucificados en la cruz; pero, por otro, también nosotros debemos hacer morir por el Espíritu los hábitos del cuerpo. Hacer morir los hábitos del cuerpo por el Espíritu implica el hecho de cooperar con el Espíritu para hacer morir nuestra carne, lo cual equivale a hacer morir parte de nuestro elemento. Esto implica que nosotros aplicamos la muerte a nosotros mismos y también que el Espíritu nos aplica la muerte.

Por medio del Espíritu Santo, nosotros somos iluminados en cuanto al hecho consumado por Cristo. Esto nos capacita para pasar por la puerta. El Espíritu entonces ejecuta este hecho y lo forja en nosotros para que condenemos lo que el Espíritu condena, critiquemos lo que el Espíritu critica y hagamos morir lo que el Espíritu hace morir. De este modo, experimentamos la muerte de la cruz.

EL CAMINO DE LA CRUZ Y LA VIDA DE LA CRUZ

El día que vi en Romanos 6 la luz de la cruz y el hecho de que había muerto juntamente con Cristo, me sentí lleno de gozo, agradecimiento y alabanzas. Sin embargo, en ese momento sólo estaba pasando por la puerta; éste era sólo un aspecto de la verdad. En aquel tiempo, no vi el otro aspecto, es decir, que necesitaba seguir el camino de la cruz. Únicamente vi que la muerte de Cristo había acabado con todo y había resuelto todos los problemas. No obstante, aun antes de que bajara de mi habitación la mañana siguiente, me di cuenta de que todavía estaba vivo. En ese entonces no sabía que aún necesitaba andar por el camino después de haber pasado por la puerta. Había recibido la ayuda del Espíritu Santo para pasar por la puerta, pero aún necesitaba ser guiado por el Espíritu Santo para andar por el camino. Sin embargo, puesto que el Espíritu Santo quería aplicar la cruz y a diario hacía resplandecer en mi interior la luz de la cruz, la luz de la cruz entonces cuestionaba, condenaba, reprendía y me mostraba lo que era de mí mismo cada vez que tenía una preferencia o una opinión. Cuando estaba dispuesto a obedecer, a cooperar y a laborar con Él, me postraba y decía: “Amén, Señor, pondré este asunto en la cruz”, y entonces yo lo condenaba y lo crucificaba.

Mientras a diario era aniquilado, iluminado y guiado, y mientras cooperaba con la obra continua del Espíritu Santo de aniquilarme y darme muerte, la muerte de la cruz fue forjándose en mi constitución. Por lo tanto, la obra de aniquilar y de hacer morir en el Espíritu, según el Espíritu, por el Espíritu y mediante el Espíritu, se llevaba a cabo en mí cada día. Esto no tenía nada que ver con dar muerte a otros, sino con el hecho de matar y hacer morir mi propio elemento interno. En esto consiste el camino de la cruz y la vida de la cruz; es así como el Espíritu Santo en nosotros nos guía cada día.

Es posible que un hermano que ha visto la luz de la cruz aún discuta con su esposa en casa

porque discutir es según su ser natural. No obstante, cuando él discuta con su esposa, el Espíritu Santo hará resplandecer la luz de la cruz en él y le preguntará: “¿Es ése Cristo o eres tú mismo?”. Cuando el Espíritu resplandece y le hace este tipo de pregunta, él será perforado por la cruz y no podrá continuar discutiendo con su esposa. Mientras discuta, el Espíritu Santo continuará preguntándole: “¿Eres tú una persona crucificada? ¿Estás allí colgado en la cruz? ¿Dónde está la luz de la cruz que has visto?”. Mientras el Espíritu Santo le hace estas preguntas, él perderá su capacidad de discutir. Cada vez que esta situación se presente, el Espíritu Santo le preguntará: “¿Esto proviene de ti o de Cristo? ¿Eres tú una persona crucificada? ¿Es eso lo que significa ver la luz de la cruz?”. Por lo tanto, aunque él vaya en el autobús, podrá confesar su falta, y cuando llegue a casa después del trabajo, el Espíritu Santo le preguntará: “¿Acaso a una persona crucificada le importa su prestigio? ¿Vas a continuar estorbando al Espíritu y te negarás a pedir perdón?”. Después de estas preguntas, él se someterá al Señor y le pedirá disculpas a su esposa. Si una persona desea conservar su prestigio, no tiene a Cristo; pero si tiene a Cristo, podrá disculparse. Cuando cooperamos con el Espíritu viviente, el Espíritu Santo acabará con nuestro prestigio y con cualquier esfuerzo nuestro por protegerlo. Es de esta manera que experimentamos la cruz y llevamos la vida de la cruz.

LA CRUZ TRAE LA VIDA DE RESURRECCIÓN

Todas estas experiencias cristianas son preciosas y nos hacen pasar por la muerte. Cuanto más pasemos por la muerte, más la vida se expresará en nosotros. Por ejemplo, el mismo hermano que discute con su esposa también se esfuerza por expresar al Señor y por permitir que la vida del Señor fluya de su interior. Sin embargo, su fuerza natural es insuficiente para expresar a Cristo y permitir que Su vida fluya. No obstante, una vez que él reciba la disciplina del Espíritu Santo, el Espíritu lo capacitará para que coopere con el Espíritu Santo y se someta a Él. Entonces su esposa percibirá el olor de Cristo que emana de él, y verá en él un poco de la vida de Cristo porque la muerte de la cruz ha operado y continúa operando en él. La cruz nos trae tanto la muerte como la expresión de la vida de resurrección.

El Espíritu nos guiará a la muerte de la cruz hora tras hora y cada día. Ésta es la manera en que el Espíritu Santo nos guía y la obra que Él realiza. El Espíritu Santo en nosotros desea conducirnos a la muerte a cada instante. Cuanto más intensa sea la obra del Espíritu Santo en nosotros, más intensa será nuestra experiencia de la cruz. Sin la muerte de la cruz, no puede llevarse a cabo la obra del Espíritu Santo; dondequiera que el Espíritu Santo opere, allí Él aplicará la muerte.

Desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana, el Espíritu Santo opera continuamente en nosotros. Él necesita que nosotros recibamos la cruz, y nos pone en la muerte de la cruz. Cuando la muerte opera en nosotros, la vida de resurrección puede entonces manifestarse (2 Co. 4:11-12). El camino de la vida es la muerte, y la muerte es el camino de la vida. Cuando nosotros andamos en el camino de la vida, andamos en el camino de la muerte de cruz. La vida cristiana es una vida de la cruz y una vida de muerte. Cada día experimentamos la muerte en el Espíritu Santo, y vivimos y andamos bajo la muerte. La muerte opera en nuestra propia persona. A medida que pasemos por esta experiencia y seamos quebrantados, la vida de Dios en nosotros podrá operar libremente y sin estorbos. ¡Quiera el Señor tener misericordia de nosotros! (*Knowing Life and the Church* [Conocer la vida y la iglesia], págs. 66-72)

LA DISCIPLINA DEL ESPÍRITU SANTO

Lo que Dios prepara, ordena y permite en nuestro ambiente, así como Su mover en nuestro entorno, son la disciplina del Espíritu Santo. El Espíritu Santo rige nuestro entorno, y

mueve y prepara todas las cosas para quebrantar nuestra persona. Nuestra esposa es el ayudante de Dios que coopera con Él para quebrantarnos. A veces la cooperación que nuestra esposa le brinda a Dios no es suficiente, así que Él nos da hijos. Si nuestra esposa, el principal ayudante de Dios, no es suficiente para quebrantarnos, Él tiene que añadir más pequeños ayudantes para este propósito. Si estos ayudantes no son suficientes, Él puede añadir tres, cuatro o cinco ayudantes más. A veces no es suficiente tener hijos varones, así que Dios también nos da hijas.

Cada hermano y hermana ha sido creado y redimido por Dios, y todos estamos bajo la gracia y el cuidado de Dios. Todos somos guiados, cultivados y perfeccionados por Dios. Ya que reconocemos que esto es cierto, debemos ver que todas las cosas que son importantes en nuestra vida humana, como nuestro esposo, nuestra esposa, nuestros padres o nuestros hijos, no vinieron a nosotros por casualidad. No hay nada que venga a nuestras vidas sin un propósito. Todo ha sido preparado por Dios; unas cosas fueron preparadas por Dios antes de que nacéramos, y otras cosas vienen a nosotros por medio de nuestra oración. Por ejemplo, debido a que una hermana sólo tiene hijas, ella ora pidiendo un hijo y después lo recibe. Sin embargo, este hijo más bien debería llamarse Disciplina porque cuanto más crece, más disciplina le inflige a su madre. Todas estas cosas son hechas y preparadas por Dios.

Espero que todos los hermanos y hermanas se lleven una profunda impresión de que Dios utiliza las herramientas de la gracia, la Biblia, el Espíritu Santo, la iglesia, los santos, la luz de la verdad y sobre todo el ambiente. Hablando con propiedad, el ambiente y nuestras circunstancias son la disciplina del Espíritu Santo. La disciplina del Espíritu Santo es la herramienta principal entre todas las cosas que Dios dispone. Muchas personas valoran muchísimo la Biblia y prestan mucha atención al Espíritu Santo, pero no prestan ninguna atención al ambiente; es decir, no prestan atención a las personas, cosas y asuntos que encuentran en su camino. Un cristiano que es espiritual y vive delante de Dios necesita “leer” tres cosas diariamente. En primer lugar, necesita leer la Biblia. En segundo lugar, necesita “leer”, es decir, interpretar, su sentir interior. Tercero, necesita “leer”, interpretar, su entorno y circunstancias, que se compone de las personas, cosas y asuntos que le rodean. Muchas personas leen la Biblia muy bien, y también saben interpretar el sentir en su espíritu, pero no saben “leer” las personas, cosas y asuntos que encuentran en su camino. ¿Alguna vez hemos pensado por qué Dios nos dio la esposa que tenemos? ¿Por qué Dios nos dio cierta clase de hijo? ¿Alguna vez los hemos estudiado o tratado de entenderlos? Muchos hermanos y hermanas memorizan la Biblia y también perciben con agudeza el sentir en su espíritu, pero lamentablemente nunca han estudiado el ambiente que les rodea ni tampoco lo han entendido. Pasan por alto e ignoran sus circunstancias y su entorno, y pierden de vista el beneficio que pueden obtener por medio de ello. Esto es un grave error. Nuestras circunstancias y nuestro entorno son un medio muy importante que Dios dispone para quebrantar nuestra persona y subyugarlos.

**LA DISCIPLINA DEL ESPÍRITU SANTO
NOS CONFORMA A LA IMAGEN DEL HIJO DE DIOS
Y HACE QUE SE MANIFIESTEN LA GRACIA Y EL PODER DE DIOS**

Romanos 8 nos habla específicamente del Espíritu Santo; la primera mitad del capítulo 8 nos habla del Espíritu Santo, y la segunda mitad nos habla del entorno, de las circunstancias y de los sufrimientos, e incluso nos dice que Dios hace que todas las cosas cooperen para bien (v. 28). Para nuestro entendimiento espiritual, no es suficiente únicamente conocer al Espíritu Santo; además de esto, necesitamos conocer “todas las cosas” en nuestras circunstancias. El propósito de todas estas cosas que cooperan para bien es ganar la cooperación del hombre y conformarlo a la imagen del Hijo de Dios y operar en él a tal grado que sea exactamente como

el Hijo de Dios. Por esta razón, el Espíritu Santo pone en nuestro interior una oración anhelante e intercede por nosotros con gemidos indecibles, de modo que deseemos la gracia de Dios en nuestro interior, tener la imagen de Cristo y ser llenos de la vida de Cristo (v. 26). Con esta clase de deseo y oración de parte del Espíritu Santo en nuestro interior, estas oraciones y gemidos pasan por el Espíritu Santo y llegan hasta Dios. Cuando Dios escucha tal oración, Él entonces prepara el entorno para que todas las cosas cooperen para quebrantarnos y disciplinarnos, y de ese modo transformarnos. Cuando nuestro deseo de ser llenos de Cristo y de tener la imagen del Hijo de Dios es acompañado por la intercesión correspondiente del Espíritu Santo, Dios escucha nuestra oración y prepara el entorno propicio para que seamos quebrantados. Este entorno puede ser nuestra esposa o nuestros hijos, pero todo ello tiene como fin que seamos quebrantados y subyugados. Esta disciplina es de suma importancia.

Incluso una persona como Pablo, quien fue muy bendecido y experimentó la gracia de una manera intensa y profunda, habló de un aguijón que lo punzaba o pinchaba todos los días. Cuando llegó al punto en que no podía soportarlo más, oró al Señor pidiéndole que lo quitara, y el Señor le respondió: “Bástate Mi gracia” (2 Co. 12:9). El aguijón que experimentó Pablo lo capacitó para que disfrutara la gracia de Dios y experimentara el poder de Dios, el cual se perfecciona en la debilidad. Algunas esposas pueden ser aguijones para sus esposos, algunos esposos pueden ser aguijones para sus esposas, y algunos hijos pueden ser aguijones para sus padres, pero todas estas cosas el Señor las permite para disciplinarnos y quebrantarnos. Tal vez nosotros pidamos y esperemos que otros cambien, pero cuanto más oremos de esta manera, más evidente se hará que nada cambiará. Nuestro aguijón continuará pinchándonos, perturbándonos y molestándonos. Éste es el entorno que Dios crea para lograr que nosotros conozcamos la gracia del Señor y experimentemos Su poder.

A los ojos de los incrédulos, las circunstancias de un cristiano a menudo le parecen muy extrañas y no logra entender su significado. Sin embargo, Dios sabe que Él es quien prepara todas estas cosas. No existe ningún cristiano apropiado que no experimente problemas ni presiones en su vida; no existe ningún cristiano apropiado que lleve una vida libre de problemas y preocupaciones. Todo cristiano apropiado tiene alguna dificultad o carga y está bajo cierto tipo de opresión o aflicción en toda clase de circunstancias. Ésta es la disciplina del Espíritu Santo. El propósito por el cual el Espíritu resplandece y nos llama interiormente, y el propósito de las presiones externas de nuestro entorno es sencillamente derrotar nuestra persona. Si vemos esto, nos postraremos y diremos: “Oh Dios, te adoro. Lo que Tú preparas nunca es equivocado. Esto es lo que yo necesito. Aun si yo me equivoco, Tú nunca te equivocas; por eso aún te adoro”. En ese momento, seremos bendecidos interiormente, y el poder de la vida del Señor nos sobrellevará, nos sostendrá y nos capacitará para soportar lo que no podemos soportar por nosotros mismos. En esos momentos, tendremos interiormente la presencia y el gozo del Señor.

Si aprendemos bien estas lecciones, nuestra esposa producirá el efecto de la cruz en nosotros, y nuestro yo, así como nuestras preferencias, opiniones, inclinaciones, pensamientos y todo lo que somos, experimentará la muerte. Dios muchas veces nos quebranta por medio de nuestra esposa. Pero si nos sometemos al Señor y recibimos esto, nos encontraremos con el Señor interiormente y seremos bendecidos al tener la vida como el poder que nos sostiene y nos capacita para soportar lo que no podemos soportar.

CONCLUSIÓN

Es preciso que veamos que el verdadero crecimiento en vida no depende únicamente del resplandor externo que recibimos de la Biblia ni de la cooperación que interiormente le

brindamos al Espíritu Santo; además de esto, necesitamos nuestro propio entorno y circunstancias, los cuales son la disciplina del Espíritu Santo. Si verdaderamente vivimos en la presencia del Señor, viviremos en el Espíritu y valoraremos altamente las circunstancias que Dios nos prepara; es decir, valoraremos altamente las personas, cosas y asuntos que nos rodean. Cuando la verdad sea liberada, habrá una respuesta en nuestro interior, y por medio de nuestra oración el Espíritu empezará a operar en nosotros. Al mismo tiempo, la mano de Dios también preparará las cosas en nuestro entorno externo para fortalecer la luz de Su verdad y la obra del Espíritu. El propósito de esta obra interna y externa es quebrantar, subyugar y disciplinar nuestra persona. Si el Señor es misericordioso y bondadoso con nosotros, estos mensajes nos ayudarán a ver cómo la vida del Señor ha llegado a ser nuestra vida y lo mucho que Su vida desea obtener una base en nuestro ser para manifestarse en nosotros.

La vida de Dios, la revelación y la luz que hemos visto, así como la disciplina del Espíritu Santo en nuestras circunstancias, llevan a cabo la obra de la cruz en nosotros. La cruz nos trae la vida de Cristo, y la muerte de la cruz nos trae la resurrección. Aquellos en quienes se expresa la muerte de la cruz, son también aquellos en quienes se expresa la vida. Éste es el camino de la vida. (*Knowing Life and the Church*, págs. 79-82)